

El problema de la vivienda masiva en las condiciones políticas y económicas de la década de los sesenta, tiene poco que ver con la solución de vivienda para las clases medias e incluso con la vivienda en altura, realizada por el Estado con anterioridad. Los grupos de usuarios tienen una conformación diferente (migrantes, "marginados", organizaciones populares, etcétera), y los recursos financieros y organizativos para la realización de estos programas estaban aún por crearse.

La vivienda de bajo costo entraba en el debate en medio de una articulación compleja —y sumamente productiva— con el compromiso político, por una parte, y con el desarrollo de las ciencias sociales, por otro. Pobreza como característica central del tercer mundo, teoría de la dependencia, lucha política, expectativas de cambio social a partir de la Revolución Cubana, trabajo de antropólogos y sociólogos, fueron problemáticas que configuran el clima cultural del momento. Tal clima abrió un inmenso campo de experimentación y debate que se extendió —en términos genéricos— hasta mediados de la década del 70.¹⁰

Surgen así, a lo largo de todo el continente experiencias novedosas¹¹ que, a partir de nuevos planteamientos, buscan soluciones al problema. Unidos a una gran movilización de pobladores y organizaciones populares, surge un fenómeno original: grupos de arquitectos y equipos interdisciplinarios que se vinculan a esta lucha desde su práctica profesional.

Englobados dentro de la categoría de "grupos de asesoría", estos equipos proporcionan lo mismo alternativas arquitectónicas a problemas específicos, que propuestas técnicas que sirven de herramientas para la negociación de los pobladores con las autoridades locales. Esta nueva práctica profesional cubre una gama enorme de tareas: planes de emergencia, programas de vivienda, equipamiento, infraestructura, así como proyectos arquitectónicos. Y se expresa también en actividades educativas de capacitación técnica y organizativa. Sus propuestas tienen una dimensión arquitectónica, urbana y social.

Esta experiencia tuvo un gran impacto sobre la organización del trabajo profesional y sobre la manera tradicional de abordar los problemas arquitectónicos. Modificó los tiempos destinados al proyecto y la promoción, las formas de representación, la concepción de la tecnología, y dio también otro sentido a los criterios de uso del espacio, de propiedad, de lo público y lo privado, e incluso al rol del arquitecto frente a los usuarios y al interior de los equipos de trabajo.

El proyecto se vio sometido a los ritmos impuestos por la dinámica de los grupos, a las consultas y discusiones. Dejó así de ser un proceso individual y secreto, realizado a puertas cerradas sobre una mesa de dibujo.

La gestión adquirió una importancia especial en la realización del proyecto. Los tiempos se alargaron dependiendo de los procesos organizativos de los grupos y de la negociación frente a los organismos financieros. Al proceso técnico de desarrollo se sumaron los requerimientos de orden económico y social impuestos por la estructura de los grupos y por los mecanismos de asignación de los créditos. Y sobre todo, fue necesario armar con los usuarios la argumentación técnica, económica y social para la negociación política.

La construcción misma, al no depender de manera exclusiva de mano de obra especializada, alteró la relación tradicional arquitecto/maestro de obras/albañiles. Los tiempos de realización se ampliaron también al introducir mecanismos de autoconstrucción en los proyectos de conjuntos de vivienda realizados por profesionales y financiados por organismos estatales o privados. La participación de los usuarios (no necesariamente conocedores de las técnicas constructivas), las limitaciones económicas e incluso la realización de edificios y conjuntos no terminados, (destinados a crecer y transformarse), obligaron a arquitectos y grupos de asesoría a replantearse tanto las soluciones técnicas, como la forma de abordarlas y transmitir las.

El problema de la vivienda condujo a la discusión sobre la ciudad y sus formas de segregación, la distribución del ingreso, las luchas sociales y la propiedad. Hizo concurrir a arquitectos, ingenieros, sociólogos, antropólogos, economistas, administradores y abogados en la búsqueda de alternativas conjuntas. Llevó al arquitecto a las ciencias sociales y necesariamente a la política. El trabajo en vivienda popular transformó la actitud del arquitecto y lo condujo a aceptar una nueva formalidad y a darle una nueva dimensión a su trabajo.

El trabajo universitario

Los movimientos sociales de esta década impactaron a las universidades, generando un movimiento contestario que exigía reformas a la educación. Entre las demandas comunes estaba la de abrir la universidad y ponerla en contacto con la realidad. Así, a fines de los

años sesenta se da en diversos puntos de América Latina un gran número de experiencias de grupos universitarios vinculados a organizaciones populares. Dentro de estos intentos por acercar la universidad a la realidad social y modificar programas, contenidos y enfoques educativos, encontramos innumerables experiencias en las que grupos de profesores y estudiantes colaboran estrechamente con pobladores, comunidades, sindicatos, en la solución de problemas reales.¹²

Las escuelas de arquitectura jugaron un papel importante en este proceso, y muchos arquitectos que compartían su trabajo académico con una tarea profesional tradicional o eminentemente teórica, encontraron en el quehacer universitario la posibilidad de realizar una labor más comprometida socialmente y de cuestionar su práctica y formación anteriores.

Los grupos universitarios se unieron a la discusión profesional y a las luchas de los grupos populares; incursionaron incluso en campos y sectores sociales en donde los profesionales habían tenido escasa o nula presencia.

El contacto con problemas surgidos de la realidad se convirtió en un objetivo para transformar las formas tradicionales de enseñanza. En esta relación, estudiantes y profesores aprendían, proporcionando al mismo tiempo, un servicio a grupos específicos. Ello permitió que los problemas se abordaran desde una visión más amplia, totalizadora, y no desde la óptica parcializada de una disciplina. La casa, la escuela, el dispensario médico o el taller, se visualizaron como parte de la problemática más amplia de la vivienda, la educación, la salud y la producción. Se analizaban sus interrelaciones y su papel en la estructura social y territorial.

La estructura universitaria permitía a grupos de profesores y alumnos destinar tiempos y recursos a proyectos que de otra manera hubiera sido imposible financiar. Los grupos universitarios llegaron hasta los barrios marginados de los conglomerados urbanos y a las pequeñas comunidades del interior, proponiendo alternativas a problemas postergados, introduciendo así en el seno de la academia nuevas problemáticas que revitalizaron el trabajo y la discusión universitaria.

La dinámica universitaria permitió también la profundización en el estudio de los casos abordados y la reelaboración de algunas de las teorías para analizarlos. Las universidades pasaron a ocupar un papel impor-

tante en el debate en campos como la vivienda, el análisis urbano e incluso la historia y la intervención en zonas históricas.

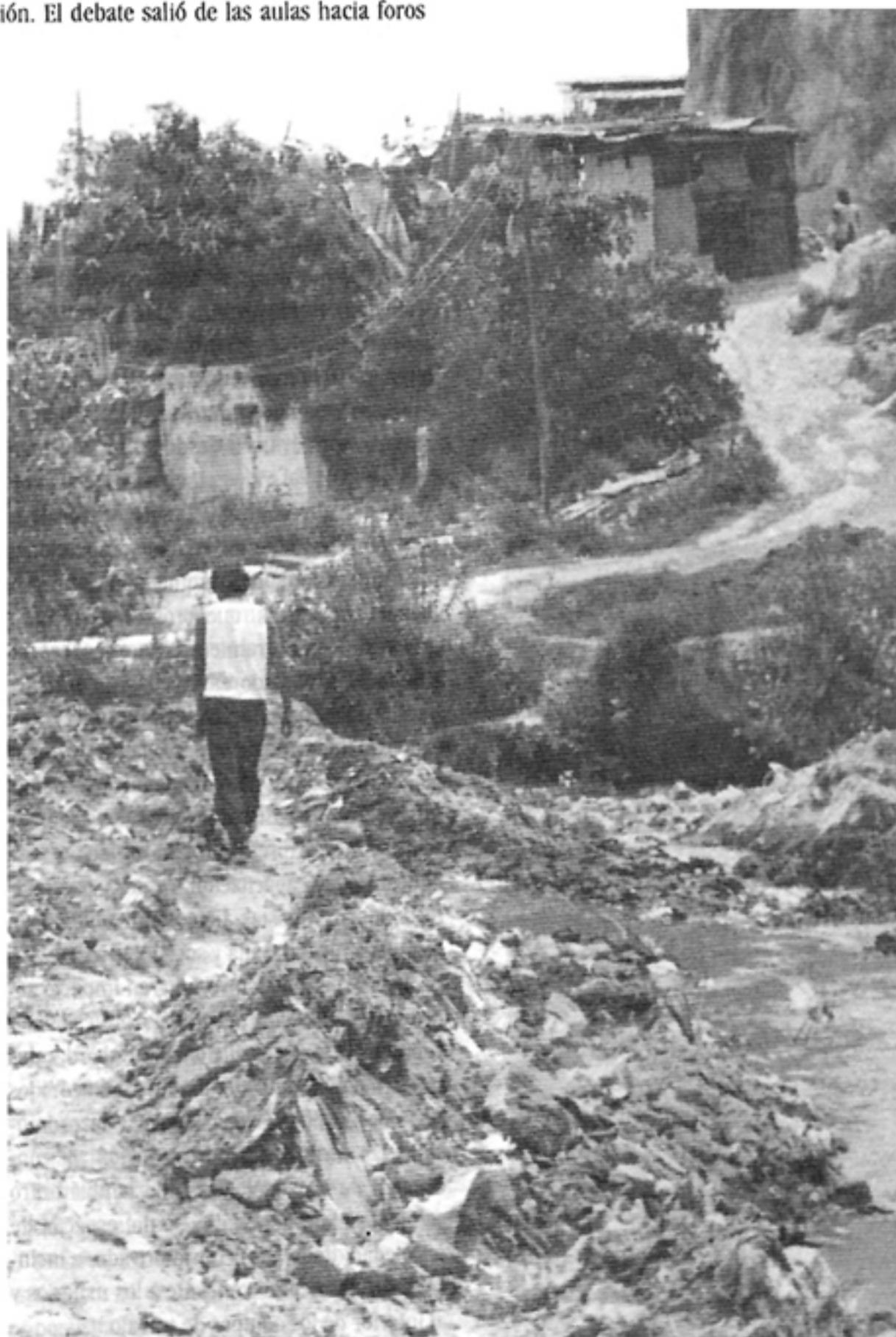
Las posibilidades parecían infinitas, tanto por las alternativas que desde esta perspectiva ofrecía el trabajo universitario, como por las grandes carencias de nuestros países. Fue una lucha que se libró muchas veces en condiciones adversas y que significó cuestionar desde las bases el papel de la universidad, los modelos de enseñanza-aprendizaje y la formación tradicional de los profesores.

Este proceso introdujo en los recintos universitarios problemas surgidos de la realidad, haciendo patente la necesidad del trabajo coordinado de diversas disciplinas para abordarlos y proponer alternativas de solución. El debate salió de las aulas hacia foros

ampliados, grupos de pobladores, organizaciones sociales y medios de difusión, su impacto se extendió más allá de los espacios de trabajo de alumnos y profesores, alcanzando a la práctica profesional.

Un análisis de las experiencias en su conjunto permite identificar puntos de contacto entre ellas e influencias comunes sobre la práctica de la arquitectura que reforzaron la necesidad de impulsar cambios a su interior. Entre ellas, cabría señalar:

- La ampliación del ámbito considerado como arquitectónico; ya sea por la aparición de la escala urbana o por la introducción de nuevas variables a considerar (factores sociales, culturales, de restricción económica).



Patricia Romero

- La introducción de las ciencias, y de las ciencias sociales en particular, en el trabajo de los arquitectos.
- El trabajo en equipos disciplinarios o interdisciplinarios en el abordaje y solución de los problemas.
- La necesidad de proponer alternativas apropiadas a la realidad de nuestros países y la puesta en cuestión de las soluciones universales.

El desencanto actual

Ahora, frente a la última década del siglo, estas parecen imágenes del pasado: añorado por unos, vergonzante para otros, pero pasado al fin. Hoy hablamos de excesos de esta etapa "adolescente", en la que los arquitectos "abandonaron" el oficio (en algunos casos de manera definitiva), y en que la arquitectura se sustituyó por la lucha política o por el discurso.

Sin embargo, no todo es tan simple; hacer una lectura superficial de la historia de nuestros países y de nuestra profesión es un lujo que no podemos permitirnos. Finalizados los ochenta, tenemos ya una cierta distancia para evaluar las experiencias antes descritas, y la obligación de hacerlo en momentos como el actual, en que las posturas neoconservadoras enarbolan las banderas del liberalismo para nuestros países.

Después de haber intentado una visión rápida sobre los aportes de las experiencias realizadas en los años sesenta y setenta sobre la práctica profesional, quisiera ahora aprovechar las siguientes interrogantes planteadas por Silvia Arango¹³ para señalar algunas de las limitaciones de las experiencias mencionadas y a manera de hipótesis intentar una explicación de ellas.

Los años setenta representan una etapa de cambio muy significativa. La situación política en varios países del área se fue polarizando, lo que produjo la represión y el establecimiento de límites claros a los intentos más importantes de organización popular.

Las ciencias sociales (ciertos enfoques de ellas) se volvieron peligrosos incluso a nivel de lenguaje, y la transformación hacia una sociedad más justa no se dio. La planificación urbana empezó a mostrar sus limitaciones y la fe en la etapa anterior se transformó en descreimiento. Se logró planificar gran parte del continente sin transformar sustancialmente la realidad. Los programas habitacionales vieron reducidos sus subsidios y se frenaron

casi en todos los países las experiencias de organización y trabajo colectivo. El problema de la vivienda masiva se fue diluyendo (y no porque dejase de existir la demanda) hasta ocupar un lugar secundario en la década de los años ochenta. Los cambios políticos y económicos trajeron consigo limitaciones a las tareas universitarias. Se redujeron aún más los presupuestos destinados a la educación superior dependiente del Estado y se limitó, en muchos casos, la discusión política y la relación con los grupos sociales externos (reprimiendo incluso movimientos universitarios). Muchas de las experiencias académicas iniciadas abortaron o tuvieron corta vida, ya sea por restricciones externas, por falta de solidez en sus planteamientos, porque no lograron vencer la inercia universitaria y se burocratizaron.

El desencanto producido por una situación política y económica que truncó las experiencias iniciadas con entusiasmo, se convirtió rápidamente en desencanto de las experiencias mismas. Diversos grupos de arquitectos latinoamericanos se sumaron a los profesionales que en otras partes del mundo enarbolaban la bandera del "retorno al oficio" en su lucha por la recuperación de la especificidad disciplinaria y contra lo que calificaban de "ideologización de la arquitectura".

En la segunda mitad de los años setenta se desató una crítica feroz en contra de las experiencias iniciadas en la década anterior. Gran parte de este discurso parecía responsabilizar a las experiencias en sí mismas de lo que no pudieron lograr en la transformación de la arquitectura y de la sociedad, sin embargo, la crítica más común se dirigió hacia los excesos a los que se llegó en el campo teórico (y político) en detrimento de los resultados propiamente arquitectónicos. Y se tendió a identificar de manera simplista a las experiencias en su conjunto con estos excesos. Lo que se les reprochaba era el haber priorizado los factores económicos y sociales sobre los contenidos arquitectónicos; se les reclamaba en haber generado un discurso en donde la arquitectura (los edificios, la ciudad) era la gran ausente; y se criticaban sus obras, que en última instancia no habían conseguido un ambiente mejor para las ciudades y sus habitantes. Y esto era cierto en gran medida, tanto para Europa como para nuestros países; la diferencia radical para unos y otros, sin embargo, era el contexto socioeconómico en que se daba la crítica y se proponían nuevos rumbos: Europa tenía

prácticamente solucionado el problema del crecimiento urbano (se empezaban incluso a registrar reducciones históricas en las tasas de natalidad), de la vivienda y del equipamiento social, y a pesar de la crisis económica internacional se habían alcanzado grandes niveles de vida; mientras que en nuestros países aún había mucho que resolver a nivel de las necesidades más elementales. El crecimiento urbano y la concentración seguirán en aumento y la situación económica y política se endurecía a pasos agigantados.

La recuperación del oficio como parte sustancial de una lucha por nuestra identidad disciplinaria, es en general incuestionable, como lo es también la reivindicación de nuestro derecho a la formulación de teorías a partir de categorías propias. Lo que debe ser objeto de discusión, es el medio para lograrlo. Mientras los arquitectos de los países con alto desarrollo pueden propugnar por el retorno a un oficio sin "contaminaciones ideológicas", el camino para nosotros, arquitectos latinoamericanos, tiene que ser otro. Aún tenemos mucho que hacer para lograr la satisfacción de las necesidades más apremiantes, y en nuestros países esto parece imposible si no tomamos en consideración sus determinantes económicas, políticas y socio-culturales. El reto para la construcción de una arquitectura propia, apropiada, que sea además expresión de nuestra identidad, requiere de una discusión colectiva sobre los posibles caminos a seguir, y esto pasa necesariamente por la transformación de la práctica profesional. El camino para nosotros, más que restar, es tal vez el de sumar, tratando de incorporar a nuestro instrumental teórico y proyectual, todo aquello que no supimos incorporar en el pasado reciente.

La construcción de un camino consecuente con nuestra realidad y con los objetivos que identifican ya a la arquitectura latinoamericana, debe hacerse sobre una evaluación de las etapas que nos permitieron llegar al momento actual, y entre ellas, ocupan un lugar primordial las experiencias aquí descritas. Después de haber enunciado lo que consideramos sus principales aportes a la transformación de la práctica liberal y a la formación de una práctica alternativa, creemos necesario señalar también algunas de sus principales limitaciones.

El punto neurálgico de la crítica a las experiencias de los años sesenta y setenta es sin duda el de la relación ciencias sociales/diseño; esto es: ¿hasta dónde la introducción de las ciencias sociales en la arquitectu-

ra de esta etapa, condujo a diseños mejores estéticos y socialmente? La metáfora de Marina Waisman que caracteriza el concepto de proceso de diseño de esta etapa: como la consabida y popular *máquina de hacer chorizos*: por una punta mete usted la realidad y por la otra, ya lista para el consumo, le saldrá la arquitectura, especie de sabroso embutido con una envoltura neutra cuyo relleno –también llamado “contenido social”– es la mismísima realidad;¹⁴ es por demás ilustrativo. En un primer momento se apostó todo a las ciencias sociales, se creyó haber encontrado en ellas aquello que permitiría a los arquitectos incidir en la construcción de esa enorme parte de la ciudad que crecía sin su participación y a la cual no se había podido dar respuestas.

La “incursión” en las ciencias sociales había llevado a excesos que hoy podemos calificar de “sociologistas” o “economicistas”, en donde el discurso respecto a las sobredeterminaciones económicas y sociales ganó terreno sobre la arquitectura. La explicación última de la arquitectura y de la ciudad se encontraba desde esta óptica en la esfera social-económica, y era ahí sin duda, en donde se habrían de hallar los instrumentos para las nuevas propuestas arquitectónicas. El “abandono del oficio”, más que una figura literal, era una metáfora que describía una situación generalizada en donde arquitectos de los más diversos contextos habían priorizado el lenguaje de las ciencias sociales (o de las ciencias en general) sobre el lenguaje propio de la arquitectura. De la fe inquebrantable en la arquitectura que caracterizó las primeras etapas del movimiento moderno, se pasó a una desvalorización tajante de nuestras herramientas conceptuales y propositivas.

Los arquitectos quisieron ser sociólogos, economistas, antropólogos, sin dejar de ser arquitectos. Enriquecieron su visión del mundo y de su papel en la sociedad, pero también es cierto que dejaron un poco de ser lo uno sin lograr ser lo otro. Se encontraron con que la estructura de las ciencias sociales era otra y diferente a la de la arquitectura. Su lógica también era otra. El proceso para entenderlo fue largo, como lo fue también el llegar a comprender que la alternativa no pasaba necesariamente por la “conversión” a las ciencias. Insistir en ello, significó en muchos casos la pérdida del oficio, ya sea por abandono, o porque se colocó al oficio en un nivel inferior ante la trascendencia de lo encontrado en las ciencias.

Habría también que confesar que el acercamiento a las ciencias sociales se realizó con cierta ambivalencia: por no ser científicos, por ignorar tantas cosas que se ocultaban detrás de los edificios y de la ciudad, e incluso por no entender su lenguaje. Las ciencias sociales cautivaron a los arquitectos, los introdujeron en un mundo nuevo (nuevo al menos para ellos), un mundo que sumado al suyo propio, seguramente transformaría a la arquitectura. Pero en este mundo nuevo no se podían esgrimir los viejos argumentos, y algunas veces se recurrió de manera precipitada a la adopción de un lenguaje carente de contenido.

En la lucha por la adquisición de un nuevo bagaje, la falta de bases previas siempre fue un obstáculo. El hecho de provenir de una disciplina que obedecía a una lógica diferente, y el desarrollo propio de las ciencias sociales latinoamericanas en ese momento, condujeron a muchos arquitectos a tener una visión maniquea de la realidad y de su papel en la sociedad. Proliferaron en la arquitectura la teoría urbana, la vivienda, la historia y la educación, visiones esquemáticas y deterministas en las cuales ni la arquitectura ni el arquitecto tenían nada que hacer. Todo tenía, en última instancia, una determinación económica y social, y sólo en estas esferas se encontraban las alternativas. La arquitectura aparecía en este contexto como una práctica reformista y cómplice de la situación inoperante.

Sin embargo, esta corriente no fue la dominante, y no podemos a partir de ella invalidar todo lo ocurrido durante más de diez años en la relación ciencias sociales/arquitectura. Lo que caracterizó a esta experiencia en su conjunto, fue la certeza de que las ciencias sociales eran una herramienta indispensable en el abordaje y solución de los grandes problemas sociales planteados a la arquitectura, y un arma valiosa para su incorporación a la construcción de la ciudad de masas.

No sólo se creyó que transformando el marco referencial se estaban modificando las herramientas proyectuales, sino que las urgencias de la realidad social y el determinismo con que se visualizaron los factores económicos y sociales, llevaron a los arquitectos de este momento a menospreciar viejos valores consagrados como el espacio, la forma, el color, las sensaciones, y a satanizar conceptos tales como la estética, la belleza y muchos más, que parecían heredados de un pasado burgués y servil de la profesión.

A una realidad pobre se respondió en un primer momento con una arquitectura pobre también. Se confundió lo urgente con lo necesario y suficiente y se perdió de vista, en muchos casos, que transformar la realidad era también ir más allá de la satisfacción de las necesidades primarias. Pareció olvidarse que estos sectores con los que se había establecido un compromiso tenían también derecho, ¿por qué no? a una vida feliz y a una arquitectura digna y bella. En este proceso y amparados en las ciencias sociales (en una visión parcial de ellas), se dio al trabajo profesional de los arquitectos una dimensión técnica. Se creyó que el papel del arquitecto en este momento era el de poner su saber técnico al servicio de los grupos y de las necesidades sociales, pero sólo esto, y con ello se marcó un límite a la participación y a la riqueza posible de las propuestas.

El impacto de las ciencias sociales fue enorme, y no dudaría en afirmar que transformó la visión que del mundo tenían los arquitectos que recurrieron a ellas en ese momento. Permitió nuevas alternativas de inserción social a la práctica profesional; sin embargo, tuvo limitaciones, sobre todo en aquellos casos en que este proceso no se vio acompañado de una reelaboración de las herramientas de diseño y del discurso formal.

A estas dificultades vinculadas a la dinámica interna de la profesión, habría que añadir la evolución propia de las ciencias sociales latinoamericanas que a partir de los años setenta entran en un proceso de crisis. Gran parte del aparato conceptual es cuestionado ya que no alcanza a explicar la realidad toda; los campos de las diferentes ciencias no se han logrado precisar y sus límites se entremezclan constantemente, dificultando la construcción de herramientas propias. La teoría de la dependencia que había aparecido con un alto poder explicativo empieza a ser cuestionada, y se plantea la necesidad de elaborar una teoría (o varias tal vez) en la que tuvieron cabida las diferentes especificidades históricas y culturales.

La crisis del pensamiento occidental trajo consigo el desarrollo de posiciones eclécticas. En el caso de latinoamérica, durante un tiempo coexistió un aparato conceptual proveniente del materialismo histórico, con herramientas técnicas y metodológicas provenientes del funcionalismo. Ante la aparente incapacidad del primero para explicar las situaciones tan diversas de la realidad latinoamericana y para generar metodologías de acción que resolvie-

sen los problemas puntuales, el eclecticismo empezó a ganar terreno y a justificar un pragmatismo a ultranza. Las transformaciones políticas que sufría entonces América Latina parecían ser un campo de cultivo adecuado para el desarrollo de esta visión del mundo.

El paso siguiente fue el alejamiento paulatino del análisis materialista y su sustitución por un pensamiento pragmático y empirista. Esta visión de la ciencia basada en el dato, en la afirmación comprobable (a través de la medición), en la autoridad de la razón y cuyo objetivo único era la aplicación de los conocimientos, tenía tras de sí una visión del mundo diferente y opuesta a la que había predominado en el campo de la arquitectura y de las ciencias sociales latinoamericanas.

Esta crisis de las ciencias sociales impactó el desarrollo de las experiencias iniciadas en la arquitectura introduciendo gran confusión en el marco conceptual y en el trabajo cotidiano. Surgieron posiciones antagónicas al interior del gremio y de los grupos de trabajo que se convirtieron en muchos casos en diferencias políticas. En nuestros países el pragmatismo justificó una batalla en contra de las ciencias sociales y de todo aquello que oliera a teoría o a "rollo". En aras de un retorno al oficio, defendido con especial fuerza por aquellos que nunca intentaron "abandonarlo", se ensayó la descalificación en bloque de los "teóricos" no sólo en el campo de la reflexión, sino en el de la práctica y en la academia.

En el terreno del diseño (de las obras mismas) las transformaciones más importantes se dieron a nivel urbano y social. En el caso de la vivienda, por ejemplo, se logró en muchos casos romper con la estructura basada en la propiedad privada y con la preponderancia del interés individual sobre el bien social. Propone una manera diferente de ocupar y valorar el terreno, lo público ganó en importancia y se convirtió en parte indispensable de los proyectos; se logró poner en cuestión la propiedad privada por medio de un gran número de conjuntos que en diversos países lograron la organización cooperativa del suelo y de la vivienda. Se realizaron programas y proyectos no sólo de vivienda, sino de escuelas, centros de salud, centros comunitarios, zonas deportivas y muchos otros, mediante la participación ampliada y democrática de profesionales y usuarios.

Estos cambios no son menores; los usuarios se "apropiaron" del proceso de producción de sus casas y de partes importantes del barrio. Son notables en este aspecto las expe-

riencias uruguayas en conjuntos de vivienda que, construidos en forma cooperativa hace más de quince años, siguen teniendo un ambiente y un mantenimiento ejemplares; o conjuntos como el de "Palo Alto" realizado en México por Copevi más o menos en la misma época, en donde a pesar del proceso de densificación se han logrado conservar las áreas de reserva y equipamiento colectivo. Este proceso mediante el cual los usuarios se apropiaron del proceso de producción del espacio, es radicalmente opuesto al de múltiples edificios familiares otorgados en propiedad privada a sectores de clase media y popular, en donde el espacio común es "tierra de nadie".

Ante muchos de estos edificios y de estos conjuntos, algunas veces tenemos que elaborar un gran marco teórico para calificarlos de "buenos diseños", esto es cierto; y aquí

nos surgen cuando menos dos interrogantes: la primera es, ¿no estamos juzgando estas obras bajo criterios concebidos para analizar una arquitectura con objetivos y lógica diferentes?, y desde luego, una segunda pregunta obligada es: ¿esta experiencia empobreció el diseño?

Responder a la primera cuestión, supone introducir en los criterios de valoración las variables antropológicas, sociológicas y económicas que ahora queremos dejar de lado, y que fueron condicionantes de la formulación de esta arquitectura. Si se pretendía dar respuesta a variables de este orden, no podemos hoy, desde otra lógica tratar de juzgarlas sin una nueva construcción conceptual que nos permita una mayor objetividad de juicio. A diferencia del momento en que estas obras fueron realizadas, ahora tenemos la obligación, sin



duda, de hacer intervenir dentro de los parámetros de evaluación aspectos tales como la experiencia de vida de los usuarios, el valor social y simbólico asignado a las obras, la relación entre obra realizada y lo que Víctor Ortiz⁵ llama la obra "imaginaria". Desde luego necesitamos también poner al descubierto la visión que tenemos como arquitectos, diseñadores y críticos, de estos grupos sociales y de la arquitectura que requieren.

Sus resultados espaciales y formales deben ser confrontados con la producción arquitectónica latinoamericana contemporánea, la producida bajo la dirección de arquitectos y sin ellos, desprendiéndonos de los aprioris generados en la última década y sin tratar de encontrar "vencedores" de una batalla inexistente. La puesta cara a cara de la producción global de la arquitectura latinoamericana debe hacerse evitando la polarización entre arquitectura "social" y arquitectura "consagrada" que se ha planteado recientemente, y que recorrió los corredores y salas del Encuentro de Tlaxcala. No podemos aceptar esta falsa dicotomía, ambas arquitecturas forman parte de un mismo proyecto y ambas son necesarias en la construcción de caminos futuros.

La creación de nuevos parámetros pasa necesariamente por la evaluación de la formalidad de estas obras, y ello nos remite a la segunda de las interrogantes planteadas más arriba: ¿los proyectos hechos bajo esta nueva actitud eran mejores estéticamente y socialmente respecto a los realizados bajo otras actitudes?

En una primera instancia se puede afirmar que estos proyectos fueron en gran medida mejores, socialmente hablando, a los proyectos realizados por los arquitectos sin la participación de la gente y bajo una concepción tradicional de la práctica. Habría que reconocer sin embargo, que su impacto social sobre el conjunto de la producción arquitectónica y de la arquitectura informal, fue menor del esperado. Arriba se mencionó lo que para nosotros fueron los avances logrados desde la perspectiva del trabajo profesional en campos como la vivienda popular, y podríamos hacer consideraciones del mismo tipo para ejemplos de arquitectura barrial, en la periferia, en zonas históricas y tradicionales y en muchos casos de reutilización de edificios de valor histórico.

Las limitaciones en los alcances de estas propuestas no están desvinculadas de las limitaciones propias de los profesionales enfrentados a una tarea de características diferentes. Salvo casos contados, no se fue más allá de las "necesidades básicas", se dieron

por buenas y se creyó que contribuyendo a su satisfacción se estaban colmando las aspiraciones todas de los grupos populares. Rechazando la preocupación por la forma se estaba negando posibilidades de expresión, y no me refiero a la "voluntad formal" exclusivamente, sino también a las manifestaciones propias de los grupos con los que se trabajaba. Se negó el significado cultural e individual de la forma y con ello, se limitó la participación del arquitecto en la construcción de la ciudad.

En el terreno de lo social, la vivienda no es solamente un buen ejemplo de los avances logrados, sino también de sus limitaciones. La arquitectura para los sectores populares (la realizada por arquitectos, que no la popular) fue en su primer etapa la más de las veces conformista en el terreno formal y con ello limitada en el terreno social: no subvirtió el orden establecido y en el mejor de los casos se convirtió en una interpretación de la cultura popular, repitiendo literalmente sus formas, su lenguaje e incluso algunas veces, su estructura espacial. En esta primer etapa estuvo prácticamente ausente la reelaboración formal que permitiría avanzar en propuestas arquitectónicas apropiadas a la nueva situación de los pobladores, y de ese "aquí y ahora" del que nos habla Edward Rojas.

La postura "radical" que satanizó la formalidad, convirtiéndola en el "pecado original" de nuestro pasado profesional, contra el que había que desatar una batalla sin trincheras, construyó su propio andamiaje, en donde de un lado se situaron la técnica, la utilidad y la arquitectura (el lado bueno) y en la frontera opuesta, al arte, la significación formal y la arquitectura monumental.

En este esquema aparecen en un mismo cajón, una serie de conceptos que desde esta óptica eran propios de la arquitectura para burgueses, realizada por burgueses, y que nada tenían que ver con la definición de una arquitectura "comprometida". Se rechazó tajantemente toda referencia a la arquitectura como producto artístico (o emparentado con el arte) enarbolando una concepción de la arquitectura y del ejercicio de la práctica eminentemente técnicos. En esta visión el arquitecto era un técnico al servicio de los sectores populares, con un margen estrecho de participación en las decisiones sobre el programa y los edificios a realizar.

La solución formal pasó a ocupar un lugar absolutamente secundario del que ha-



bría que ocuparse una vez solucionadas (en planta) todas las variables a considerar. A través de la participación de los usuarios en el diseño, o de las soluciones sobre la mesa de dibujo, la herramienta utilizada fue el funcionalismo. Un funcionalismo empobrecido, (reducido a mera receta de diseño) del que sólo se desprendía el trillado concepto de que la forma sigue a la función, y del cual se extraía, supuestamente, el carácter social de las propuestas. Un funcionalismo que ya para entonces no tenía la convicción ni la fuerza para defender los postulados originales que la realidad se había encargado de alterar, y que una vez que en nuestros países adoptó el ropaje de la "internacionalidad", empezó a resultar monótono y alejado de la gente.

En este rechazo a la forma, los edificios excepcionales, las grandes obras de la arquitectura internacional, e incluso los edificios